

Curriculum vitae

Unai Cava Salgado

Es difícil escribir un texto en el que tú mismo eres el personaje principal, por eso siempre me ha parecido fascinante y valiente la forma en la que Thoreau escribió en *Walden*:

En la mayoría de libros se omite el *yo*, o la primera persona; en éste se mantiene; respecto al egoísmo, ésta es la principal diferencia. Por lo general, no recordamos que, al fin y al cabo, siempre es la primera persona la que habla. No hablaría tanto de mí mismo si hubiera otra persona a quien conociera tan bien. Por desgracia, estoy limitado a este asunto por la pobreza de mi experiencia. Además, por mi parte, exijo de todo escritor, antes o después, un relato sencillo y sincero de su propia vida. (H. D. Thoreau, *Walden*, trad. de J. Alcoriza y A. Lastra, Cátedra, Madrid, 2005, p. 61.)

Me encantaría mantener esta cita como lema de mi currículum y, para *aquellos lectores que no sientan particular interés por mí*, hablaré de mi experiencia con la filosofía (o de la filosofía conmigo), tan común y corriente como la que haya podido tener cualquiera.

Siempre me gustaron las clases de “Valores éticos” que recibí cada año de Secundaria, aunque tengo la sensación de haberlas cursado solo en primero y tercero, años en los que repetí profesor. En estas clases tuve mi primer roce con la filosofía y descubrí cosas tan evidentes que me asombré de no haberlas visto antes, tales como el significado y la importancia de *saber estar* y que yo no había elegido mis gustos, que, hasta ese momento, fueron mi guía elemental, como lo son para cualquier niño. Todas estas enseñanzas se impartían en un diálogo continuo entre el profesor y el alumno, una forma de enseñar que no recuerdo que se repitiera en matemáticas ni ninguna otra asignatura.

Más tarde, tuve mi primera clase de filosofía en primero de Bachillerato y, aunque volví a tener al mismo profesor, tuve una experiencia muy diferente a la de las clases de “Valores éticos”. Sentía un aumento de exigencia, proporcional al cambio entre obligatoriedad y libertad educativa. Esto llevó a un aumento en el nivel de las conversaciones, dado también por el cambio de edad. Además, ahora las clases iban acompañadas de nuevos maestros: todos los alumnos tenían verdaderos libros encima de la mesa que guiaban las clases con la ayuda del profesor. Ese año conocí a Platón, el filósofo con el que más tiempo he pasado con diferencia, y leí su *Menón*, pero no le di tanta importancia como al otro autor que vimos: Henry David Thoreau.

No es casualidad que haya empezado este escrito con una cita de *Walden*: es el primer libro verdadero que leí y el que me hizo elegir estudiar filosofía. Mi

acercamiento a *Walden* es personal, pues vivo en una casa de madera en una urbanización tan cercana a la naturaleza como a la civilización (la primera carretera asfaltada se encuentra a una milla de distancia, aunque sí que tengo vecinos más cerca).

La cuarentena, que llegó ese marzo, me permitió leer *Walden* lo mejor que pude en ese momento. Me pareció tan bueno lo que vi en él que le propuse a mi profesor realizar un trabajo sobre ese libro como método de evaluación; propuesta que aceptó. Fue el primer trabajo escrito que hice (no me atrevo a llamarlo ensayo); solo cité y expliqué las frases que más me gustaron de cada uno de los capítulos. Cada explicación se hacía de una forma muy personal, ejemplificando lo dicho en la cita con acontecimientos de mi vida. No he vuelto a escribir otra cosa tan íntima hasta ahora. Tengo entendido que así es como debe ser un *curriculum vitae*. Estoy seguro de que este ejercicio me hará tanto bien como me hizo aquel primer trabajo y solo espero que pueda resultar beneficioso para otros; al fin y al cabo, eso es lo más importante.

Entrar en la carrera de Filosofía significó mucho para mí, no porque creyera que iba a aprender mucho de ella (mi actitud al respecto era tan escéptica y ambiciosa como la de George Bailey: quería ir *to see what they know*), sino porque entrar significaba acabar con una etapa de mi vida, la más larga hasta la fecha, e iniciar otra completamente nueva para mí. Ahora tengo más responsabilidades, pero también más libertad, traducida en tiempo de ocio (σχολή). Si algo le debo a mi universidad es el tiempo libre que me da, pues, quitando las clases a las que no merece la pena asistir, solo tengo que estar presente cuatro horas a la semana (las cuatro prácticas en las que pasan lista).

Pocos de mis compañeros de universidad reaccionaron al entrar a la carrera como Ernst lo hizo al hacerse francmasón. Yo asistí bajo aviso, pero me consta que ellos no sabían lo que se iban a encontrar. Creo que cualquiera con buena disposición pediría explicaciones a la persona que le convenció de estudiar filosofía. “¿Qué motivo pudo moverte a conducirme a tan resbaladiza pendiente? ¿Y a venderme ficciones por realidades, cuya falsedad tú muy bien conocías?”. Pues, en mi caso:

El asunto de las logias tal como ahora se llevan no puedo entenderlo. Tener caja, hacer capitales, cubrirlos, gastar cada céntimo del mejor modo posible, procurar establecerse, recibir privilegios de reyes y príncipes, servirse del prestigio y del poder de éstos para someter a los hermanos de otras observancias a aquélla que se desearía convertir en la observancia central. (G. E. Lessing, *Escritos filosóficos y teológicos*, trad. de Agustín Andreu, Anthropos, Madrid, 1990, pp. 681-682.)

Pero está claro cuál sería la respuesta del buen maestro: “¿Que no te hubiera dicho que los deberes más elevados de la francmasonería se pueden cumplir sin que para ello fuera preciso llamarse francmasón?”.

No necesitamos la logia para ser francmasones, de hecho, la institución puede corromper a aquellos que esperan encontrar en ella lo que nunca hubo. Todo aquel que lea esto y tenga la intención de estudiar filosofía, sepa que no la va a encontrar en la universidad. Por mi parte, tuve la inmensa suerte de encontrarme con una *comunidad de educación liberal*, en la que pude y puedo

formarme y aprender todas las cosas importantes que no recibo de aquellos que las prometen. De esta forma pude profundizar en los diálogos platónicos, que, desde entonces, trato de leer con delicadeza.

El *Alcibiades* me enseñó que el fracaso es posible aunque nos encontremos con el alumno de mayor potencial. La educación que ofrece el filósofo se enfrenta con la que propone la ciudad y sus normas y, aunque la ciudad proponga una educación inferior, tiene mucho más poder: “SÓC.— Me gustaría que perseveraras, pero tengo un gran temor, no porque desconfíe de tu naturaleza, sino porque veo la fortaleza de nuestra ciudad y temo que pueda conmigo y contigo.” (PLATÓN, *Alcibiades Mayor* 135 e, ed. de Emilio Lledó, Gredos, Madrid, 2006, 9 vols.)

El *Gorgias* me mostró la importancia de la retórica, es decir, la importancia de usar bien las palabras, pues, aunque pueda ser un arma en malas manos, es una herramienta para el educador, que puede usarla para persuadir de las enseñanzas más importantes. Sócrates lucha contra retóricos en su terreno, hasta que, al vencerlos, llega a la persona a la que ha de educar: Calicles. Este alumno de retóricos con ambiciones políticas ha sido educado por la ciudad y sigue el modo de vida que esta ofrece; el objetivo de Sócrates es persuadirlo de que el mejor de los modos de vida es el filosófico:

SÓC.— Por consiguiente, tomemos como guía este relato que ahora nos ha quedado manifiesto, que nos indica que el mejor género de vida consiste en vivir y morir practicando la justicia y todas las demás virtudes. Sigámoslo, pues, nosotros e invitemos a los demás a seguirlo también, abandonando ese otro en el que tú confías y al que me exhortas, porque en verdad no vale nada, Calicles. (PLATÓN, *Gorgias* 526 e, ed. de Emilio Lledó, Gredos, Madrid, 2006, 9 vols.)

El diálogo no nos muestra si se llega a convencer, pues está en nuestra mano la respuesta: si nos ha convencido a nosotros mismos, podemos estar seguros de que a Calicles también.

Por último, con el libro quinto de la *República* aprendí cuáles son las mentiras sobre las que se sostiene la ciudad y cuál es el deber del filósofo. Las nobles mentiras (o ficciones genéticas) se entrelazan con las dos primeras olas de la paradoja haciéndonos ver que el nacionalismo y el elitismo natural son mentiras sobre las que se fundamentan las ciudades, así como también es una mentira la diferencia entre el alma masculina y femenina. La tarea del filósofo se nos muestra en una premonición del regreso a la Caverna (que aparecerá en el libro séptimo) en la tercera ola de la paradoja:

SÓC.— A menos —proseguí— que los filósofos reinen en las ciudades o cuantos ahora se llaman reyes y dinastas practiquen noble y adecuadamente la filosofía, vengan a coincidir una cosa y otra, la filosofía y el poder político, y sean detenidos por la fuerza los muchos caracteres que se encaminan separadamente a una de las dos, no hay, amigo Glaucón, tregua para los males de las ciudades, ni tampoco, según creo, para los del género humano. (PLATÓN, *República* 473 d-e, ed. José M. Pabón y Manuel Fernández-Galiano, CEPC, Madrid, 2006.)

El filósofo tiene que volver a bajar para completar su deber con la ciudad, cosa que se corresponde con gobernar en este caso. A pesar de lo que se diga más adelante en el libro IX, me niego a pensar en el filósofo como alguien que se dedica a cultivar su ciudad interior dejando de lado la ciudad en la que habita. Como diría William Altman, eso lo puede hacer un consultor de California.

Se tiende a valorar en exceso la σοφία, dejando la φιλία completamente de lado. Esta es la causa de que algunos de los liberados que descubren el exterior de la Caverna se queden arriba. Los filósofos comparten la σοφία con los sofistas (como mínimo, en el nombre); podríamos decir que la φιλία es lo que los coloca en polos opuestos. Se olvida que la principal diferencia con los tiranos es la capacidad de amistad, como se nos dice en el *Gorgias*: “Pues un hombre así [el tirano] no puede ser grato ni a otro hombre ni a ningún dios, porque es incapaz de convivencia, y el que no es capaz de convivencia tampoco lo es de amistad”.

Aquellos que tratan de vivir de acuerdo con la filosofía tendrán buenos amigos. Personas con las que mantener largas conversaciones sobre cualquier tema, por más complicado o sencillo que este sea, y que te ayudan en la corrección de tus textos, que siempre tendrán fallos. Además, como se dice en el *Alcibíades Mayor*, estos son capaces de socorrerte en la guerra (que se manifiesta de muchas y diversas formas), aunque se pongan en peligro a ellos mismos. A nuestros amigos les debemos gran parte de nuestra formación y espíritu y son motivo de nuestra felicidad. En mi caso, soy inmensamente afortunado de tener muy buenos amigos.

Les debo tanto a algunas personas que dudo que pueda pagarlo algún día. Pero entiendo que parte del trabajo filosófico consiste en devolver el favor, si no a los que te lo han prestado, a los que llegarán después.

Por mi parte, le doy crédito al mito y espero que avancemos por el camino de lo alto practicando la Justicia como Longfellow Deeds, para ser tan ricos como George Bailey y llevar una vida tan libre como la del abuelo Martín Vanderhoff. Y, tanto aquí como en el viaje de mil años, seamos felices.